

El tañer de las campanas

◆
BEATRIZ ESPEJO

para Gelsen Gas

Leticia despertó menos temprano que de costumbre. Entre sueños oyó tañer campanas anunciando oficios religiosos en iglesias cercanas. Era sábado 2 de febrero. Tlacotalpan estaría celebrando las fiestas de La Candelaria; pero aquí seguramente recordarían una fecha menos feliz. A las ocho se revolvió en su camita estrecha colocada sobre su parte de habitación dividida como hospital por mamparas. Una silla servía de buró donde dejaba libros y revistas leídos con velas cuando se apagaban las luces. Debajo de la cama guardaba sus pertenencias en una maleta.

Había cinco lechos idénticos de cada lado, lo cual sumaba un total de diez internas separadas del mismo modo porque las monjas imponían una disciplina estricta repudiando lujos superfluos.

Sólo veía a Concha del Toro que le quedaba justamente enfrente. Una joven rosada de cabellos castaños apretados en dos trenzas incluso cuando dormía. ¡Qué cutis perfecto! pensó Leticia, preocupada siempre por sus propias pecas, lástima que Concha sea regordeta aunque come poco. Todo la intoxica y vive tomando Salvital o cualquier otro laxante. Le falta encanto, toneladas de glamour, necesitaría consultar alguna experta como Ana de Gómez Mayorga, especialista en belleza, según su anuncio y retrato de *El Universal Ilustrado*. Lentes de aros metálicos, boca delgada, nariz afilada y cejas rematadas hacia abajo que le daban aire tan circunspecto como el cuellito tejido a gancho de su vestido oscuro. Definitivamente Ana de Gómez nada tenía que enseñar, salvo quizá el modo de embarrarse menjurjes contra las pecas. Y Concha no se atrevería a consultarla ni siquiera por correspondencia. Vivía temerosa entre las recomendaciones de sus padres, que como santa Ana y san Joaquín concibieron esa virgen a los muchos años de casados, y las órdenes de sor Felipa que la traía en la mira para futura monja y constantemente le pedía conversar con la maestra de novicias.

Concha volteó sobre su espalda y puso un brazo a media cara. Y Leticia sintió su corazón palpitante, no de alegría sino de impaciencia e incorporándose dijo:

—Despierta.

Los hombros de Concha se removieron y luego se estiró toda cuan larga era; sin embargo seguía dormida. Leticia alzó la voz:

—Despierta. —Y hasta entonces el ruido le hizo darse cuenta de que una fuerte lluvia caía sobre el domo del techo por donde entraba una luminosidad neblinosa, única señal exterior de un cuarto sin ventanas.

Concha frotó sus ojos: —¿Gritaste? —preguntó.

—Tuviste una pesadilla. —La experiencia le demostraba hasta qué punto la mente de Concha aceptaba cuanto ella decía.

—Soñé que estaba muerta.

—¿Y qué se siente?

—Como si pájaros blancos te jalaran hacia un claustro cerrado.

Las dos quedaron recostadas mirándose. Eran absolutamente distintas. Claro, no tenían por qué parecerse sin ser consanguíneas; pero Leticia atraía a Concha, mariposa fascinada ante la flama.

Dos de febrero, pensó Leticia otra vez mientras su mente flotaba entre imágenes de mujeres vestidas con trajes de jarachas y cantadores que afinaban arpas y guitarras. Y hubiera anhelado asistir a la fiesta. Tristemente se encontraba encerrada durante una mañana torrencial, y no había nada interesante en qué ocuparse sino contarle cuentos a quien quisiera oírlos.

—¿Sabías que Lorenzo Jácome, prófugo de la justicia, y el francés Nicolás Grammont le organizaron a Veracruz el peor ataque pirata?

—No empieces con tus historias terroríficas —dijo Concha echando mano de alguna firmeza.

—Traían once navíos y dos mil hombres. Muchos más que los vecinos adultos del puerto. Tomaron a la población desprevenida creyendo que se trataba de la flota española. En la isla de Sacrificios los maleantes torturaron a infelices que aullaban con más fuerza que las olas del mar.

—¿Qué cosas tan terribles inventas!

—No invento nada. Es historia regional... sin embargo, cuando los hierros estaban al rojo vivo y las púas pelaban las costillas, llegó la flota esperada que no se atrevió a desafiar bandoleros. Dejó que se retiraran tranquilamente, después de cometer sus tropelías, violaciones y asesinatos y llevándose once toneladas de plata labrada, mil quinientos negros esclavos y un número impreciso de mercaderías maravillosas.

—¿Y las fortificaciones de San Juan de Ulúa? —terció Adoración Cervantes, una compañera contigua, distinguida como la más aplicada y bonita de la clase.

—Muros sin valor defensivo alguno.

—Siempre sacas a relucir la maldad humana —reprochó Concha—, nunca hablas de cosas edificantes.

—Para eso tienes los ejemplos con que nos atiborra la madre Edelmira. Y a mí para recordarte que no siempre llueve oro y azul sobre Florencia —dijo Leticia haciendo visajes horrendos cerca de Concha que se hundió en los cobertores.

—Deja de martirizarla. Sabes que después tiembla como perro mojado y se pasa la noche en vela —intervino Adoración, elementalmente justiciera.

Sin aludirse Leticia destapó a Concha y mirándola con estupor dictaminó: —Otra vez tienes gripa. Deberías tomarte una buena dosis de jarabe Deschiers a la hemoglobina. Es un reconstituyente infalible. Mientras tanto te receto Par-mint doble fuerza contra achaques catarrales. A una onza se le añade la quinta parte de un litro de agua y 116, óyelo bien, ni más ni menos, gramos de azúcar. Una cucharadita cuatro veces al día resulta suficiente. La venden en Plaza Santos Degollado número 12. ¿Quieres que mande comprarlo con Altagracia? Así se darán cuenta ustedes —y extendió el gesto al resto de las discípulas ya despiertas— que además de contarle anécdotas divertidas, sirvo para cuidar a Concha.

—Y para traer ocupada a la pobre Altagracia que nada más anda haciéndote los mandados —intervino nuevamente Adoración mientras sacudía sus sábanas que en el aire recordaban los navíos corsarios—. El día que las monjas se den cuenta van a ponerla de patitas en la calle por tu culpa.

—¿Y entonces qué hará Leticia sin sus revistas —comentó una rubia parada al fondo.

—Dejará de leer las “Crónicas de fácil erudición” con las que cubre su ignorancia, y de mandarles cartitas a la periodista que titula su columna “Consultas femeninas resueltas feminamente”.

—Bien que las leen y si no fuera por mis esfuerzos y mi dinero perderían distracciones tan deliciosas —se defendió Leticia impostando un poco las frases—. Escuchen la última. Escribí preguntando si era pecado besar al novio, y ni se

imaginan lo que contestó: “¡Jesús! ¿para qué me pregunta esas cosas? Santíguese. Confiese antes de Cuaresma su mala intención, úntese la frente con agua bendita y si está fría el demonio se alegrará dejándola en paz”... ¿No les parece que hay un tonito burlón? Quizá ya se enteró que soy la misma corresponsal semanal, a pesar de que hago distinta letra. O esmeró sus recomendaciones porque firmé: Concha del Toro.

Las carcajadas llenaron el cuarto y al instante apareció sor Edelmira para darles prisa porque el sacerdote había llegado y la misa comenzaba.

Algunas sugirieron que Concha se quedara recostada cuidando su resfriado.

—Nada de eso. Las mortificaciones robustecen el espíritu y conducen a la santidad —sentenció sor Edelmira—. Después del desayuno saldrán al patio y el viento se llevará los gérmenes. Ahora levántense todas —y cerró la puerta al salir.

Las discípulas pasarían dos días con su familia, menos Adoración, Leticia y Concha, cuyos parientes no vendrían a buscarlas. Estaban presas en aquel monótono y destemplado fin de semana. Adoración, que no acababa de decidirse entre carrera y matrimonio, casi se alegró de tener tiempo para repasar problemas matemáticos irresolubles y escribir una cartita que también a escondidas Altagracia pondría en manos de un adorador secreto; con una sinfonía de estornudos Concha retomó el ramillete espiritual que le regalaría en la próxima visita a su padre, y Leticia decidió pergeñar con la mano izquierda otra consulta femenina; pero inmediatamente sintió que era un juego tonto y aburrido. Si bien le respondían invariablemente, a ella le causaban cada vez menos emoción las sandeces de la infatuada que ni siquiera firmaba sus artículos. Tenía por delante una sucesión de horas sin nada que estimulara su fantasía. Pensó pedirle a la buena Altagracia que le comprara nuevas revistas ilustradas con retratos de sus héroes cinematográficos como Robert Anderson cuyos limpios ojos azules recordaban a un ministro luterano. El novio ideal para unirse ante el altar en pos de una vida tranquila y próspera. ¿Pero quién deseaba eso? Mejor sería el matador Vicente Segura cargado en hombros por sus admiradores hasta la puerta del convento con el único propósito de entregarle su capote, ya que ella no había ido a la plaza para aplaudirle una faena sensacional. O enterarse de las últimas hazañas de Charles Spencer Chaplin que bailaba el *Rambling blues* a las mil maravillas. O mantenerse al tanto de los grandes triunfos que el escenario brindaba a las señoritas Tikanova y Mistinguette; sin embargo decidió encargar unas ligas París, fabricadas en Chicago, y una caja mediana de Kosmeo Face Powder que Altagracia podía comprarle en El Puerto de Liverpool dando unas zancadas de más para ir y venir sin que nadie se diera cuenta, aunque siempre decía que detestaba los grandes almacenes porque las empleadas tardaban en atenderla y luego parecían hacerle un favor mientras pasaban los minutos.

Pasaban despacio y a Leticia le ahogaba el aburrimiento. Más me hubiera valido no ser una pobre huérfana educándose en este agujero, se convenció a sí misma, sin salir al jardín pues la lluvia arreciaba. Anduvo por los corredores del colegio tarareando coplas:

Cuando yo tenía mis padres
me daban chocolatito
y ahora que ya no los tengo
me dan gordas con chilito.

Y lagrimeó compadeciendo su pobreza, a pesar de que recibía completas las rentas que había heredado y no encontraba manera de gastarlas.

El dormitorio se hallaba recogido y tranquilo. Las palomas volaron lejos y sólo dos se ocupaban calladamente de sus respectivos quehaceres. Había oscurecido tanto que hubo necesidad de prender los focos. Alicaída, Leticia fue a su lugar. Con las piernas cruzadas quiso releer alguna reseña que sabía de memoria; pero no retuvo su atención y sorpresivamente espetó:

—Aquí espantan. ¿No han sentido por las noches una presencia invisible? ¿Soplos helados? ¿Movimientos extraños?

Nadie profirió el menor comentario: sin embargo sus escuchas cambiaron postura.

—¿Por qué disimulan la verdad? Ustedes han sentido cosas raras, rumor de pisadas que reptan por los rincones como ráfagas frías y murciélagos agazapados con las alas dobladas; además, el doctor Geley ha comprobado la existencia de fantasmas y en un reportaje muy serio sacó esquemas del ectoplasma, algo así como una gelatina opalina y nebulosa...

—¿Nunca descansas de dar lata? —la interrumpió Adoración protegiendo a Concha que, sin importarle burlas ni humillaciones, alguna vez se había orinado de miedo al demonio con los relatos macabros de Leticia.

Inmutable, Leticia dijo como si cambiara tema: —¿Saben qué día es hoy?

—Día de fandangos en tu remota tierra nativa y estás triste por no haber ido —repuso Adoración con talante de sabelotodo.

—Sí; pero también es la fecha en que conmemoraba su nacimiento el minero que mandó construir este edificio hace ya muchos, muchos años —continuó Leticia como si le dictaran las palabras y le dieran ímpetu para volverse poco a poco más teatral—. Antes de convertirse en escuela, esto era la casa de un hombre enriquecido en Querétaro con la ayuda de Lucifer, quien al comprarle su alma le predijo que viviría setenta y cinco años de cabal salud, al cabo de los cuales se lo llevaría... hasta un espantoso escondite del infierno.

—No empieces con tus cuentos —la interrumpió Concha sonándose la nariz enrojecida.

—El minero tenía entonces veinticinco; cincuenta más le parecían interminables. Aceptó contentísimo —siguió Leticia indiferente a los reparos de su escasa audiencia—. Cele-

braba cada cumpleaños con un banquete al cual iban sus amigos. Y a la media noche en punto alzaba su copa para decir: faltan cuarenta y nueve, faltan treinta y ocho, faltan catorce, faltan tres y así sucesivamente...

—Ya cállate por favor, con este clima, no invoques fuerzas ocultas —rogó Concha pálida como cadáver, ahogada por una taquicardia repentina.

—Y el tiempo voló. El último año, al sonar las doce campanadas y terminar su brindis, pegando un aullido espantoso, el hombre quedó estampado en el techo por una fuerza descomunal.

No terminaba de afirmarlo cuando los relámpagos alumbraron el domo, se apagaron las luces y un enorme pedazo de aplanado les cayó encima causando una polvareda. Las tres brincaron asustadas. Una gritó; las otras enmudecieron. Sobrevino el estupor. El ruido de la lluvia retumbaba y nadie se movía hasta que Adoración pudo articular:

—¿Están ahí?



—Sí —repuso Leticia y temblorosa prendió velas para iluminar la semioscuridad reinante. Juntas se acercaron a Concha que yacía en el suelo privada de los sentidos. Su cama había dado una vuelta hacia abajo, con las patas arriba y colchón y cobijas desparramadas.

—¿Está muerta? —balbuceó Leticia.

—Creo que sí. Necesitamos pedir socorro —pero no se movieron paralizadas por el terror que las hizo abrazarse al primer intento de Concha por levantarse tambaleante.

—Me desmayé —dijo con naturalidad y se dispuso a ordenar sus cosas ayudada por Adoración y Leticia que la veían asombradas.

—¿Te sientes bien? —preguntaron.

—Perfectamente.

—¿Cómo volteaste tu cama?

—No fui yo. Pero lo peor ha pasado. Acabo de recibir la señal y ya no tengo dudas sobre mi vocación —añadió beatífica mientras buscaba en el desbarajuste de su territorio un rosario de sándalo que sor Felipa le había regalado. ♦